



## NATURALEZA HUMANA Y CONDUCTA II: CATEGORÍAS PRINCIPALES

### **Braulio Reynoso Javier**

*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM*  
braulio.reynoso@gmail.com

### **La ambivalencia de los principios en la actividad de la inteligencia**

#### **Miguel Angel Pasillas Valdez**

*Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM*  
miguel.pasillas@gmail.com

### **Objetualidad y Reflexividad: relevancia del pensamiento gnoseológico de John Dewey en la actualidad**

#### **Braulio Reynoso Javier**

*Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM*  
braulio.reynoso@gmail.com

### **La categoría de procesualidad en el estudio de la deliberación desde el pragmatismo de Dewey**

#### **Ana Bertha Morgado Sampayo**

*Escuela Preparatoria Oficial #272, Subsistema de Bachillerato General, Secretaría de Educación del Estado de México*  
anamorgadosampayo@gmail.com

**Área temática:** A.1: Filosofía, Teoría y Campo en la Educación.

**Línea temática:** I: Filosofía de la educación.



## Resumen general del simposio

Estos trabajos tratan los principales conceptos de la antropología pragmatista, como ésta se presenta en la importante obra “Naturaleza Humana y Conducta”, de John Dewey, cuya publicación cumplió en 2022 cien años. Se busca así contribuir a justipreciar la obra de Dewey, y a disipar algunos de los malentendidos que ha sufrido su obra, malentendidos que ignoran su carácter praxeológico, crítico y aperturista. El Profr. Miguel Angel Pasillas Valdez aborda el tema del pensamiento humano a partir de la noción de “principios”, la cual constituye una bisagra que permite pensar esta cuestión de concreta y empírica. A partir de ahí, el Profr. Pasillas desarrolla las tres principales categorías de la antropología deweyana, en torno a las

cuales se explica el tema de la actividad humana reflexiva: “hábito”, “impulso” e “inteligencia”. Posteriormente, Braulio Reynoso Javier aborda la relevancia de la gnoseología deweyana desde el punto de vista de las exigencias de las ciencias modernas, señalando los aspectos en los que la psicología pragmatista de Dewey parece tener relativas afinidades con el conductismo, pero desarrollando luego los argumentos en los que se hace patente la diferencia entre ambas corrientes por medio de las categorías de la reflexividad y la deliberación, ideas clave en la antropología del pensador estadounidense. Finalmente, el trabajo de la Profra. Ana Bertha Morgado Sampayo explica detalladamente el carácter procesual de la actividad humana, mostrando la influencia del evolucionismo darwiniano en el pensamiento de Dewey. Posteriormente, la Profra. Morgado muestra la riqueza del pensamiento deweyano al explicitar el interjuego entre la filosofía y la biología que permite comprender el proceso de la actividad humana por medio de las categorías de “hábito”, “impulso” e “inteligencia”. Estos trabajos buscan celebrar la vigencia del pensamiento antropológico de John Dewey, a cien años de ser publicada una de sus formulaciones más trascendentes.

**Palabras clave:** Dewey, Pragmatismo, Naturaleza Humana, Conducta, Pensamiento

### Semblanza de los participantes en el simposio

#### **Braulio Reynoso Javier**

Es Licenciado en Pedagogía por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, de la UNAM, así como Maestro en Pedagogía en esa misma institución. Actualmente es estudiante de Doctorado, e imparte clases en la Facultad de Filosofía y Letras. Ha participado en la publicación de libros y artículos acerca de temas de filosofía de la educación.

#### **Miguel Angel Pasillas Valdez**

Es profesor Titular “A” y Jefe del Grupo de Investigación Curricular de la UIICSE. DIP, FES Iztacala, UNAM. Imparte clases en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, en la Licenciatura y el Posgrado en Pedagogía. Tiene publicaciones sobre Formación de Profesores Universitarios, Currículum, Filosofía y Teoría de la Educación, Didáctica. Ha impartido Cursos y Talleres a profesores de nivel Medio Superior y Superior, en distintas universidades de México y el extranjero, sobre diversos temas. Ha participado en congresos nacionales e internacionales impartiendo conferencias y presentado resultados de investigaciones en las que ha participado

#### **Braulio Reynoso Javier**

Es Licenciado en Pedagogía por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, de la UNAM, así como Maestro en Pedagogía en esa misma institución. Actualmente es estudiante de Doctorado, e

imparte clases en la Facultad de Filosofía y Letras. Ha participado en la publicación de libros y artículos acerca de temas de filosofía de la educación.

### **Ana Bertha Morgado Sampayo**

Licenciada en Pedagogía por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), egresada de la maestría en Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), docente en el área de Ciencias Sociales en Educación Media Superior, en el Subsistema de Bachillerato General en la Secretaría de Educación del Estado de México.

## LA AMBIVALENCIA DE LOS PRINCIPIOS EN LA ACTIVIDAD DE LA INTELIGENCIA, SEGÚN JOHN DEWEY

Miguel Angel Pasillas Valdez

### Resumen

Esta participación en el simposio sobre *Naturaleza Humana y Conducta II*, Dewey, categorías centrales, presenta una descripción panorámica y análisis de la teoría antropológica deweyana contenida en el libro referido, con motivo del centenario de su publicación en USA. Revisa los elementos centrales de la propuesta de John Dewey: Hábitos, Impulsos, e Inteligencia. Muestra la ambivalencia de cada uno de estos elementos, ya que el autor al desarrollarlos explica los aspectos positivos y los negativos de cada uno de ellos. Finalmente, este texto hace una breve presentación del papel de los Principios en el funcionamiento de la inteligencia, y en general en la problemática de la Naturaleza Humana Intrínseca.

**Palabras clave:** Naturaleza Humana, Hábitos, Impulsos, Inteligencia, Principios.

En 1922 se publicó por primera vez *Naturaleza humana y conducta*, de John Dewey. El texto presenta de manera minuciosa los elementos antropológicos fundamentales, según la teoría deweyana, lo que se evidencia ya desde el título: "Naturaleza Humana...". El trabajo tiene el subtítulo "introducción a la Psicología Social"; John Dewey afirma que no pretende ser un tratado de esta disciplina, no obstante, es pertinente reconocerlo como tal y ubicarlo como uno de los trabajos fundantes de esa la psicología social. El autor establece que busca proporcionar un punto de vista acerca de "la estructura y de la naturaleza humana, el de la psicología en el sentido más amplio del término" (Dewey, 2014:9). Dewey declara que es "en el sentido más amplio", no obstante, dice que se trata una perspectiva psicológica. Esta postura contrasta con la de George Herbert Mead, con quien comparte trabajos filosóficos, también de orientación pragmática, y quien es generalmente reconocido como fundador de la psicología social misma, y además, uno de los iniciadores del pragmatismo. Mead argumenta que la mencionada disciplina y tanto la problemática antropológica como la identidad humana tienen su origen y fundamento en la sociedad. Es decir, aunque es reconocido como fundador de la psicología social, de todas maneras señala que esas problemáticas han de estar fundamentadas en una perspectiva sociológica. No obstante que John Dewey declara que se trata de un punto de vista psicológico, en realidad, en el desarrollo de su teoría, la problemática social juega un papel muy relevante y tiene una presencia fundamental y fundante. Dice: "Necesitamos conocer las condiciones sociales que han moldeado las actividades originales hasta convertirlas en disposiciones definidas y significativas, para poder estudiar el elemento psicológico en la sociedad. Este es el verdadero objeto de la psicología social." (Dewey, 2014: 107)

Otro contenido que analiza reiteradamente el texto *Naturaleza humana...*, es la Moral. Ésta se entrelaza en muchas de las argumentaciones que Dewey desarrolla respecto a la condición humana, lo que lógicamente nos conduce a preguntarnos si en su teoría, la moral, es un atributo, un componente sustancial o inherente, a lo que propone como naturaleza humana. De lo que tenemos datos para afirmar sobre el libro en cuestión es que ha sido reconocido por diferentes autores como un referente en el campo de la teoría moral. (por ejem. ver: Dewey, *Teoría de la vida moral*, Prefacio, p. 6).

Respecto a su teoría de la naturaleza humana, Dewey establece una arquitectura conformada por tres grandes columnas: el impulso, los hábitos y la inteligencia. A lo largo del texto va hilando una amplia explicación sobre cada una de ellas, primero por separado, y luego sobre la manera como se entrelazan e interactúan entre sí cada uno de esos tres componentes básicos, constituyendo “la naturaleza humana intrínseca”, misma que es intensamente articulada, influenciada, inclusive configurada por fuerzas sociales específicas. La naturaleza humana está en permanente relación con las instituciones y condiciones sociales. Antes de comenzar el mencionado hilvanado, dice:

El libro no pretende ser un tratado de psicología social, pero sí sostiene formalmente la creencia de que *la comprensión del hábito y de los diferentes tipos de hábitos son la clave de esa psicología, en tanto que la actuación del impulso y de la inteligencia nos da la clave de la actividad mental individualizada. Sin embargo, el impulso y la inteligencia son secundarios respecto al hábito.* (Dewey, 2014: 13 los subrayados son míos)

Los hábitos son de orden social, mientras que los impulsos y la inteligencia son principalmente expresión de y en lo individual. Aspecto importante a señalar, es que a diferencia de otras teorías antropológicas, en la estructura de la deweyana, el impulso –los instintos- en el hombre, no actúan primariamente y su funcionamiento no está determinado sólo biológicamente, por la herencia; tampoco se trata de elementos que una vez que se han reprimido, transformado o sublimado, ulteriormente se construye la socialidad, ya sin éstos, o con ellos pero anulados. En esta teoría los impulsos actúan permanentemente y tienen y papel importante en el proceder humano. Para otras concepciones antropológicas, configurar la socialización, las conductas socialmente aceptables en el individuo, requiere de la represión y/o sublimación de los impulsos instintivos; esa represión permite configurar la socialidad en las personas. En el constructo deweyano, en cambio, lo inicial en la conducta del hombre son los hábitos, y los impulsos siguen interactuando de manera importante con ellos. Dice que aunque los hábitos son adquiridos,

hay fundadas razones específicas para *la común atribución de los actos a la persona de quien directamente proceden; pero...una afirmación de pertenencia exclusiva es tan erróneo como suponer que la respiración y la digestión están completas dentro del cuerpo humano.*” (Dewey, 2014:32 el subrayado es mío)

Afirma que, más que una característica de los seres humanos innata o heredada:

Debemos comenzar por aceptar que las funciones y hábitos son formas de usar e incorporar el medio ambiente ...no son propiedad privada de una persona, sino adaptaciones activas de las capacidades personales [del individuo] a las fuerzas del ambiente; *son acciones recíprocas entre elementos aportados por la constitución de un individuo y otros suministrados por el mundo exterior.* (Dewey, 2014: 32-33 el subrayado es mío)

Los hábitos se sostienen en las condiciones ambientales; siempre es necesario el apoyo de la sociedad o de un grupo particular donde actúe el individuo para su configuración. Es necesario conservar esta afirmación respecto a la precedencia, a la anticipación de los hábitos en la conducta de los individuos, y que los impulsos son canalizados en el contexto de los hábitos, que, repetimos, éstos son de origen social; de manera que para Dewey, los impulsos no actúan, no se expresan instintivamente, libremente, como demandas meramente biológicas o automatismos heredados al individuo, sino que desde el principio son canalizados por los hábitos, socialmente creados.

Arriba decíamos que esta teoría, aparentemente, se trataba de una explicación basada en fundamentos psicológicos, y que lo social tiene un papel de importancia fundamental; al respecto dice Dewey: “En la vida práctica, hay muchas pruebas del papel desempeñado por los factores sociales en la formación de los rasgos personales” (Dewey, 2014: 36) por lo que es un error atribuir las características y hacer clasificaciones de los seres humanos según sus ‘rasgos personales’ o innatos, como si su origen fuese de naturaleza congénita, inclusive inherente a ‘su raza’, ya que, en realidad. “son funciones de las situaciones sociales” Para él aquellas caracterizaciones son tan fallidas y burdas, que no vale la pena tenerlas en cuenta, y además, porque hay un problema adicional, que consiste en ocultar un aspecto fundamental: la fuerza de la influencia del medio ambiente natural y social sobre la conducta del individuo. El medio tiene un impacto poderoso sobre los hábitos, pero no siempre suele percibirse y esto conduce a otro error al pretender educar o cambiar a las personas, se busca lograrlo enseñándoles hábitos aceptables sin tocar el medio donde aparecieron. Ante esto advierte categóricamente: “No podemos cambiar un hábito directamente; eso es ilusorio; pero sí podemos hacerlo en forma indirecta modificando las condiciones, seleccionando y valorizando inteligentemente los objetos que llaman su atención y que influyen en el cumplimiento de sus deseos.” (Dewey, 2014: 37)

Otra forma de aseverarlo es cuando sostiene que, respecto a las intenciones educativas, los maestros y educadores tienen que actuar sobre el medio y no únicamente sobre el corazón de los hombres. Este es un precepto, un criterio, que ya había desarrollado en *Democracia y educación*, cuando analizaba ‘la educación como dirección social’, particularmente, ‘el ambiente como factor directivo’, allí decía:

Pasamos ahora a una de las formas especiales que reviste la función general de la educación, a saber, la de la dirección, control o guía... La dirección expresa la función básica que tiende en un extremo a convertirse en una ayuda guiadora y, en el otro, en una regulación o regla. (Dewey, 2001: 32)

Aquí podemos observar, otro tópico que se ha vuelto muy extendido, pero que siempre es necesario aclarar. Hay frecuentes críticas, observaciones o seguidores respecto a “las propuestas educativas deweyanas” bajo el supuesto de que él proclamó que la educación fuera ‘activa’, libre, espontánea; que se debía permitir a los estudiantes realizar en el aula lo que desearan, sin ningún tipo de restricción. Vale la pena conservar la cita precedente para despejar el malentendido, muchas veces debido a incompreensión en la lectura, otras con injustificadas intenciones. Además hemos de observar sintéticamente el ideal de maestro concebido por Dewey: “el cambio que efectúa en el ambiente físico es para nosotros un signo de cómo debemos conducirnos. Nuestra acción es socialmente controlada...” (Dewey, 2001: 39). Es responsabilidad de los maestros organizar el ambiente, diseñarlo para que con las actividades realizadas por los estudiantes logren la finalidad educativa buscada. El ambiente será el medio educador y no siempre la actividad directa del maestro ante los estudiantes. “La educación intencional significa, como ya hemos visto, un ambiente especialmente seleccionado, haciéndose la selección sobre la base de los materiales y métodos que promueven específicamente el desarrollo de la dirección deseada” (Dewey, 2001: 43)

Sobre la importancia de la función y formación de los hábitos, y la dirección y la tarea del maestro en la enseñanza, la siguiente frase puede sintetizar y contener los aspectos que venimos revisando: [contra la separación absurda e imposible de las personas y las cosas] “La interacción con las cosas puede formar hábitos de ajuste externo. Pero sólo conduce a la actividad que tiene un sentido y una intención consciente cuando se usan las cosas para producir un resultado.” (Dewey, 2001: 40)

El reconocimiento de que los hábitos, son disposiciones para comportamientos que juegan un papel ambivalente; por un lado, nos ayudan a economizar el esfuerzo y la dedicación del pensamiento frente a lo ya conocido y controlado, para con ello poder realizar actividades inteligentes, creativas, imaginativas, ante las situaciones inesperadas o confusas; pero por el otro, también suelen constituir acciones rutinarias, repetitivas, antepuestas al concurso del pensamiento, a la reflexión, lo que, en determinado momento, tiene la consecuencia de que actuar por hábitos irreflexivos se convierte en una incapacidad para enfrentar y resolver los problemas que nos aparecen en el medio ambiente natural y social. Para superar esta ambivalencia ineludible, Dewey nos hace ver la inminente necesidad de adoptar una actitud a la altura y en consonancia con la complejidad de la sociedad y la cultura en que vivimos. La velocidad de los cambios que ocurren en nuestro medio, no nos permite mantener hábitos rígidos, sino, por el contrario, es necesario adoptar permanentemente el espíritu de los cambios, de lograr y mantener una flexibilidad intelectual y de comportamientos que se adecuen a las condiciones siempre cambiantes de nuestro medio.

En conclusión, lo principal es encontrar, descubrir. Concebir la relación de espíritu y vida con materia y cuerpo como asunto de una fuerza que se sobrepone al hábito, aun cuando deja tras de sí una secuela de hábitos rutinarios, implicará a la larga un reconocimiento de la necesidad de la unificación continua entre espíritu y hábito y no en una ratificación de su divorcio. (Dewey, 2014: 87)

Los impulsos. Nuestro autor articula el desarrollo de la problemática anterior por medio de este punto de partida: “el desarrollo del impulso nativo debe considerarse en función de hábitos adquiridos; y no el crecimiento de las costumbres en función de los instintos” (Dewey, 2014: 107) Para el tratamiento de lo que hemos llamado la segunda columna de la ‘naturaleza humana intrínseca’ Dewey se pregunta por qué no haber iniciado su análisis por las actividades instintivas, que finalmente son las que posibilitan la adquisición de hábitos. Responde que se trata de una “paradoja; en la conducta lo adquirido es lo primitivo. Los impulsos aunque preceden en el tiempo, nunca son primarios de hecho, son secundarios y dependientes” (Dewey, 2014: 105) Cuando un individuo nace, no es independiente, ni autosuficiente por mucho tiempo, eso lo dejaría sumamente vulnerable, sino que el neonato rápidamente es incorporado a los hábitos y costumbres de los adultos, tales como el aseo, la alimentación, el cobijo, y éstos son creaciones culturales, sociales. “el *significado* de las actividades innatas no es congénito, sino adquirido. Depende de la interacción con un medio social maduro.” (Dewey, 2014: 106) Una caracterización de nuestro autor respecto al impulso, es:

Los impulsos son los ejes en que gira la reorganización de las actividades, son factores de desviación para dar nuevas direcciones a los viejos hábitos y cambiar su calidad... siempre que tratemos de comprender la transición y el flujo social o de proyectar reformas personales y colectivas debemos llevar nuestro estudio al análisis de las tendencias innatas. (Dewey, 2014: 108)

Hemos visto arriba que los hábitos tienen una fuerte inercia a permanecer, aunque se hayan convertido en ineficaces para enfrentar los obstáculos que el medio le presenta al individuo. Esto provoca que las personas detengan sus actividades (la actividad en el contexto de un determinado ambiente es un atributo fundamental de la concepción antropológica deweyana) relaciona esto con una consecuencia sociopolítica del hábito caduco; Dice,

sin embargo persisten. Esta persistencia sirve de apoyo al conservador, que argumenta que tales instituciones están arraigadas en una naturaleza humana inalterable... y por mucho que difieran las condiciones actuales de aquellas en que el hábito se formó, éste persiste hasta que el medio ambiente lo rechaza con obstinación (Dewey, 2014: 140)

La formación de hábitos tiene un campo especialmente muy propicio: La Educación. En virtud de la capacidad abierta de aprendizaje, los jóvenes son educados en los hábitos de los adultos, en contraposición, también los jóvenes tienen un deseo muy vivo de formas de vida diferentes, lo que choca con lo arraigado de las costumbres transmitidas, por eso

La fricción resultante puede despertar un impulso hacia nuevas experiencias. [...] Las instituciones políticas y legales resultan ahora incongruentes con los hábitos que dominan las relaciones amistosas, las ciencias y las artes; distintas instituciones fomentan impulsos antagónicos y forman disposiciones contrarias. (Dewey, 2014: 143)

Hay que notar que esta concepción de ‘la naturaleza humana intrínseca’ en sus explicaciones no acude a ningún elemento innato, abstracto, externo a la práctica, a la vida de los individuos,



sino que está completamente arraigada en las experiencias y dificultades personales, sociales, ocurridas en el medio ambiente sociocultural de las personas.

La inteligencia. Vimos arriba que Dewey propone como uno de los tres pilares de 'la naturaleza humana intrínseca' a la Inteligencia. A ésta, dedica la tercera parte del libro: "El lugar de la inteligencia en la conducta". En su explicación tienen un lugar importante procesos y problemáticas como: el Pensamiento, la Deliberación, el Cálculo, los Principios, la relación de la inteligencia con el hábito, etc. Sobre las costumbres señala que, "Los hábitos son condiciones de eficiencia intelectual que actúan en dos formas sobre el entendimiento: restringen su alcance y fijan sus límites" (Dewey, 2014: 189). Vimos que los hábitos tienen un papel central en la conducta de los hombres, consiste básicamente en que las personas no pueden estar dedicando la atención, la inteligencia y reflexión para todas las cosas que hacen, por economía, por la necesidad de ocupar la reflexión, el razonamiento ante situaciones inéditas y desconocidas, actuamos conducidos los hábitos que nos han servido al enfrentar situaciones anteriores, procedemos estereotipadamente, aunque probablemente sean caducos. Nuestro autor señala un problema derivado de este modo de proceder:

Fuera del ámbito de los hábitos, el pensamiento trabaja a tientas, vacilando en una incertidumbre confusa y, sin embargo, cuando el hábito se convierte por completo en rutina, encierra de manera tan efectiva al pensamiento que éste ya no es necesario ni posible. El camino del rutinario es como zanja de la que no puede salirse; sus paredes lo encierran dirigiendo su curso de manera tan completa que deja de pensar en su senda o en su destino. (Dewey, 2014: 189)

Por un lado, los hábitos nos proporcionan eficiencia en la actuación, pero por el otro, se convierten en obstáculos al pensamiento. Al actuar por hábito no necesitamos reflexionar sobre lo que tenemos que hacer, porque 'ya sabemos cómo hacerlo'; pero el problema aparece más o menos frecuentemente, cuando interactuamos con el ambiente donde ya existen modificaciones parciales o completas respecto a lo conocido, condiciones en las que previamente habíamos tenido una actividad habitual eficiente, exitosa, pero dados esos cambios, el hábito en cuestión ya resulta inadecuado, incapaz de resolver la dificultad inédita que se nos presenta.

En la teoría de Dewey, tampoco la inteligencia es un atributo innato, sino que se forma en la actividad. Dado que los hábitos tienen una función ambivalente en la constitución de los seres humanos, tienen un valor positivo por eliminar la incertidumbre y la necesidad de buscar constantemente formas de realizar las actividades, pero al mismo tiempo un valor negativo, al cristalizarse como rutinas que hacen innecesario el pensamiento, la reflexión, obstaculizan la operación de la inteligencia. La condición de estar habituado a enfrentar los retos que nos impone el medio ambiente, es reconocida por diferentes autores, desde la antigüedad, pero no sólo ellos, también actualmente se reconocen, unilateralmente como una virtud. Por ejemplo, en Aristóteles es fuerte el afán por enseñar hábitos virtuosos, construir comportamientos estables en la tarea de enseñar a ser moral; pero dada la diferencia en la manera de concebir la realidad, ya sea como fija, inamovible, o como una entidad en constante proceso de cambios, entonces es posible percibir las limitaciones de concebir todos los hábitos como virtuosos, o

uno mismo como siempre adecuado y, en cambio percibir su eventual inadaptación ante los obstáculos. Es el caso de Dewey.

Precisamente la inoperancia, la impotencia de los hábitos para resolver las dificultades que nos opone el medio ambiente, es lo que provoca la operación de los impulsos. Una persona ensaya resolver un problema como lo ha hecho habitualmente, y vuelve a ensayarlo varias veces, lo que genera sentimientos, emociones de enojo, impotencia, desesperación, y éstos a su vez provocan actuar por impulsos; si son erróneas estas formas de actuación, dan pie al trabajo de la inteligencia. Richard Bernstein, uno de los grandes estudiosos de la obra de Dewey y del pragmatismo, dice que

La inteligencia consiste en un conjunto de hábitos flexibles y en constante crecimiento que implican la sensibilidad. Consiste en la capacidad para discernir las complejidades de las situaciones, en la imaginación que se ejerce al contemplar nuevas posibilidades e hipótesis, la voluntad de aprender de la experiencia, la justicia y la objetividad al enjuiciar y evaluar opiniones y valores en conflicto, y, finalmente en tener el coraje de cambiar nuestra propia perspectiva cuando así lo requieren las consecuencias de nuestras acciones” (Bernstein, 2010: 178)

Sobre la Naturaleza de los Principios. No obstante la capacidad descrita por Bernstein, la inteligencia, en la teoría de Dewey, no tiene el camino completamente libre para su despliegue; entre otras cosas, ella misma, suele necesitar en su operación, un elemento que también presenta una problemática ambivalente por favorecer la economía de la reflexión, pero al mismo tiempo puede ser un obstáculo para el análisis de la situación particular que se nos presenta: los Principios. “Un principio es a la inteligencia lo que un hábito a la acción directa” (Dewey, 2014: 252) Es decir, ahora esta problemática radica en el terreno del pensamiento.

Caracteriza a los principios como leyes fijas y universales de conductas o maneras de proceder que se aplican de manera directa, automática, ante todo problema o dificultad (dificultad o problema de cierto género o tipo) que se nos presenta; los principios, al estar ya establecidos, quedan disponibles para su empleo, sin mayor problematización de parte del individuo. Por estas características, Dewey, señala a continuación que el problema con los principios y su manera de operar, es que no hay una inteligencia capaz de abarcar la totalidad de los eventuales casos que se nos presenten, por eso: “las situaciones en que el cambio y lo inesperado intervienen son un desafío a la inteligencia para que formule nuevos principios” Dewey, 2014: 253).

encontramos en este concepto de una norma fija anterior otra manifestación del deseo de escapar a la tensión de la situación moral real, a la verdadera incertidumbre de las posibilidades y consecuencias. Nos vemos frente a otro caso del amor tan humano a la certidumbre, del deseo de una patente intelectual expedida por la autoridad. (Dewey, 2014: 255)

Las experiencias, las prácticas, las ciencias, los conocimientos han avanzado inexorablemente ahora ya no tenemos la posibilidad de contar con verdades generales, definitivas. Tampoco podemos instalarnos en la dependencia de autoridades de diverso tipo para aceptar sin

cuestionar las concepciones que nos comuniquen; en síntesis, la pereza mental evidencia rápidamente sus consecuencias negativas frente al medio ambiente natural y social que cambia permanentemente. Pero como en casos anteriores, Dewey no condena la utilización de los principios, ni nos presiona a eliminarlos completamente. Aparece una vía diferente: “Los principios son métodos de investigación y previsión que requieren ser comprobados por los acontecimientos” (Dewey, 2014: 253) Nuevamente expresa la idea de aprovechar la dimensión positiva de la problemática en cuestión. Los principios son una especie de reserva de conocimientos, son el resultado de prácticas y reflexiones acumuladas para actuar de determinada manera frente a ciertos problemas o situaciones. Expresan pensamientos, conocimientos adquiridos previamente, por tal motivo, no propone eliminarlos, no sugiere una actividad intelectual sin ningún tipo de principio:

El dilema no se plantea entre desechar reglas previamente establecidas o apegarse obstinadamente a ellas; la alternativa inteligente es revisarlas, adaptarlas, expandirlas y alternarlas. El problema es de una readaptación continua y vital. (Dewey, 2014: 253)

## Conclusión

Retenemos de Dewey esta aparente paradoja: “La lealtad hacia todo aquello, que en el medio ambiente establecido, haga posible una vida de superación es el principio de todo progreso”

## Bibliografía

- Bernstein, R. (2010). *Filosofía y democracia: John Dewey*. Barcelona: Herder.
- Dewey, J. (2001). *Democracia y educación*. Madrid: Morata.
- \_\_\_\_\_. (2004). *Experiencia y educación*. Madrid: Biblioteca Nueva, Madrid.
- \_\_\_\_\_. (1932). *Teoría de la vida moral*. México: Herrero Hermanos.
- Mead, H. G. (2009). *Escritos políticos y filosóficos*. México: FCE, México.
- \_\_\_\_\_. (1999). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós, Barcelona.

## OBJETUALIDAD Y REFLEXIVIDAD EN LA FILOSOFÍA DE LA MENTE. RELEVANCIA DEL PENSAMIENTO GNOSEOLÓGICO DE JOHN DEWEY EN LA ACTUALIDAD

**Braulio Reynoso Javier**

### Resumen

El presente trabajo aborda algunos aspectos del pensamiento gnoseológico de John Dewey, afirmando la relevancia de dicho pensamiento en la actualidad, en virtud de la necesidad de desarrollar una filosofía de la mente que satisfaga las exigencias de objetualidad y consistencia propias de las ciencias contemporáneas, pero que no le niegue al individuo su carácter de sujeto activo. La escuela filosófica que Dewey representa, el pragmatismo, ha sido objeto de diversos malentendidos y lecturas sesgadas en virtud de una serie de prejuicios que le escatiman el reconocimiento que merece en algunos círculos. Debido a esto, sus posicionamientos gnoseológicos han sido poco estudiados, y a menudo se ha pensado que se trata de ideas afines a corrientes como el conductismo, que niega la importancia de la actividad mental. En el presente trabajo señalaremos los aparentes acercamientos entre ambas posturas psicológicas, explicando luego las diferencias que las separan. De este modo, pretendemos esclarecer el sentido de la gnoseología pragmatista, como aproximación a su antropología expresada en la obra "Naturaleza Humana y Conducta".

**Palabras clave:** Gnoseología, Pragmatismo, Conductismo, Deliberación, Mente.

La comprensión de la mente humana y de las instancias específicas que configuran lo que conocemos como subjetividad es una empresa que todavía tiene muchos desafíos que vencer y puertos a los que arribar. Se trata de una cuestión relevante para la Pedagogía porque uno de los cometidos estructurales de nuestra disciplina es el de comprender cómo es que la mente humana aprende, y con base en ello "pedagogizar" los contenidos de la cultura, haciéndolos accesibles para dicha mente en los términos que a ella la rigen. Claramente, se trata de una tarea de Sísifo, pues no podemos saber cuándo hemos llegado a un conocimiento cabal de la mente humana; no obstante, renunciar a la responsabilidad de elaborar una psicología o gnoseología educativa tomando como materiales los conocimientos más avanzados y pertinentes que nuestra época y cultura nos proporcionan no es una opción. El carácter polémico y contestable de las teorías pedagógicas, precisamente, hace necesario que sus propuestas y postulados no sean arbitrarios, sino que traten de abreviar de posturas filosóficas y científicas que sean relevantes, como lo señala Pasillas Valdez al decir que:

El carácter polémico de la pedagogía es inevitable, por varias razones: primero, porque es una disciplina humanística o sociológica, con la cuestionabilidad inherente que hemos

señalado al principio y, precisamente por ese carácter polémico, resulta necesaria una fundamentación, una argumentación sólida, además, porque cada disciplina que fundamenta los proyectos, tiene avances constantemente y ello evidencia los errores que tenían los movimientos previos (...). (Pasillas Valdez, 2004, 23).

Si bien la cabal comprensión de esa dimensión que es la educabilidad humana es todavía un proyecto intelectual que sólo en el porvenir podrá verse completado, se hace necesario para todas las personas interesadas en el ámbito educativo tratar de comprender el sentido de la vida mental. En la actualidad, la emergencia de fenómenos como las llamadas “inteligencias artificiales”, así como las nuevas formas de interacción social y de mediación educativa capitaneadas por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, están haciendo cada vez más relevante y acuciante la pregunta por la naturaleza de la mente. ¿Qué es una mente? ¿Qué es un sujeto? ¿En qué estriba la humanidad de un ente orgánico como nosotros, habida cuenta de que otras entidades, creadas artificialmente, pueden llevar a cabo procesos de manipulación de información semejantes a los nuestros, e incluso con mayor eficacia? Estas preguntas son relevantes no tanto porque su eventual resolución satisfaría una vieja inquietud metafísica relativa a la naturaleza específica del ente humano, sino porque una forma de responder a estas preguntas implica una forma de llevar a cabo los procesos educativos. Una filosofía de la mente es necesaria para, y conduce a, una filosofía de la educación.

Hemos dicho que la pedagogía como discurso, es decir, el discurso de un pedagogo, goza del privilegio de cierta libertad: hacer pedagogía es asumir un posicionamiento en torno a la educación, con la guía de un criterio elegido libremente. Sin embargo, esa elección no es caprichosa, sino que debe ser capaz de sostenerse en un debate público con otras posturas. En principio, podemos postular que para superar esa prueba dialéctica, un posicionamiento sobre alguna cuestión relevante para la educación debe ser, en cierto modo, la expresión de las formas más avanzadas del pensamiento humano relativas a los temas vinculados con esa cuestión en un determinado momento. En este escrito proponemos la tesis de que, si bien el conocimiento sobre la mente humana todavía está muy inmaduro y como “en pañales”, una tradición filosófica que ha sentado las bases para comprenderla es el pragmatismo, el cual a su vez hace parte de una tradición más amplia de pensamiento gnoseológico que llamaremos “epistemología naturalizada”, o “epistemologías naturalizadas”, en plural, pues hay frentes diversos que, desde tradiciones diferentes, “desembocan” en una búsqueda de naturalizar la epistemología. El pragmatismo trata de atender las dos exigencias aparentemente contradictorias de que la gnoseología, en tanto ciencia, posea una *objetualidad*, es decir, que tenga un objeto de estudio definido, claro, y de que a la vez reconozca el carácter libre, moral, de la actividad humana (asumiendo, pues, que el objeto a estudiar, la mente humana, no es una *cosa*, su onticidad no corresponde al modelo mental *del* mecanismo, aunque se pueda asumir que ciertamente posee un mecanismo).

El pragmatismo, pues, es una escuela de pensamiento representada especialmente por la figura del filósofo estadounidense John Dewey, quien, si bien es relativamente bien valorado y estudiado en el ámbito de la Pedagogía en virtud de sus importantes aportaciones a la filosofía de la educación, es un autor cuyo valor todavía no es justipreciado por el público, y de cuyas

teorías gnoseológicas no se ha extraído el alcance que pueden rendir. Empero, afirmamos que el clima cultural de la actualidad, en el que, por un lado, se hace tan urgente la cuestión gnoseológica, y en el que, por otro, las instituciones educativas tradicionales y los procesos formativos otrora prestigiosos e incuestionados se ven sitiados ante la emergencia de nuevos espacios de educación y de nuevos oferentes de servicios educativos, ese clima cultural, decimos, exige un planteamiento intelectual como el que elaboró en su momento John Dewey.

El pensamiento deweyano resulta relevante en la época actual por muy diversas razones. Una de ellas es que sus convicciones, asertos y doctrinas sobre el valor de la forma escolar (y de una forma específica de pensar su organización) hacen posible apuntalar y defender el valor de las experiencias escolares ante la emergencia de nuevos fenómenos de distribución de la información que podrían ponerlas en riesgo. Esta razón puede estudiarse especialmente mediante un acercamiento a la obra pedagógica de Dewey. Otra razón, que es de la que aquí nos ocuparemos con mayor énfasis, es que las ideas gnoseológicas de este pensador permiten compatibilizar las exigencias modernas e ilustradas que le demandan a la ciencia una objetualidad clara y bien definida, y la posibilidad de experimentar con su objeto, por un lado, y la exigencia humanística de que la comprensión de un objeto de la experiencia humana permita una habilitación para la praxis transformadora. Como veremos, resulta importante el hecho de que Dewey aporta elementos útiles para una reforma social, sin poner al sujeto como mero paciente de fuerzas que ponen en movimiento su mecanismo interior de una forma fatal y predeterminada. Consideramos que el concepto pragmatista de “mente”, surgido de los posicionamientos psicológicos de William James, y expresados con mayor claridad en las obras de Dewey, hacen posible esta habilitación.

Las disciplinas científicas cuyo objeto es externo a la entidad humana, concretamente las llamadas “ciencias de la naturaleza”, no tuvieron problema en responder a las demandas de objetividad y experimentalidad que se plantearon en los momentos fundacionales de la ciencia moderna (podríamos hablar, por ejemplo, del ideal tecno-utópico de Francis Bacon), pues está claro que los objetos de la física, la química o la biología pueden conocerse en virtud de una serie de manipulaciones técnicas. Empero, las perspectivas sobre las disciplinas relativas al ser humano permanecieron durante mucho tiempo ceñidas a la concepción de que ellas tenían un estatus especial, y que la introspección o la adscripción axiológica a determinados valores brindados por un discurso prestigioso (como la teología de una religión o los postulados de un posicionamiento ético-político) eran herramientas suficientes para dar cuenta de la “naturaleza humana”.

Pese a la diversidad de perspectivas epistemológicas relativas a la naturaleza de la ciencia, es evidente que durante el siglo XX fue tomando cada vez más fuerza, como una suerte de “coletazo” del positivismo decimonónico, sí, pero también como una legítima demanda de objetividad y manipulabilidad empírica, la postura epistemológica (o, más correctamente, una cierta constelación de perspectivas epistemológicas) que exige de la psicología y de la gnoseología una objetualidad más concreta. Está cada vez más presente la demanda de que la psicología tenga referentes empíricos que le brinden solidez a su discurso, al hacerlo aplicable al mejoramiento de las condiciones de vida de nuestra especie.

Una de las respuestas a esta demanda fue la famosísima escuela psicológica que conocemos como conductismo, con sus derivas y evoluciones. De forma cabal, desde un punto de vista estrictamente naturalista y con miras a la plena objetivación de su asunto, esta escuela psicológica logró construir un estatus de cientificidad al establecer como objeto de su estudio el comportamiento (“behaviour”) humano observable, de donde toma su nombre. Esta escuela ha recibido muy diversas críticas desde distintos lugares, pues el conductismo, al menos en su forma más ortodoxa y “pura”, adolece de una estrechez que no puede evitar equiparar a los seres humanos con máquinas manipulables, sometidas a procesos de condicionamiento que las instrumentalizan desde fuera. Una de las razones por las que el pragmatismo ha tenido cierta “mala prensa” durante mucho tiempo es un relativo acercamiento que hubo entre los pragmatistas y los conductistas; acercamiento que, sin embargo, no implica una identidad entre estas posturas, las cuales, como veremos, son muy diferentes en su fondo y en sus alcances.

De hecho, los defectos gnoseológicos de los que adolece el conductismo se hacen patentes si la evaluamos desde los referentes de la filosofía pragmatista deweyana. En el imaginario colectivo (condicionado por un ideal germanocéntrico de lo que es la filosofía), la escuela pragmatista es vista como una postura que defiende una suerte de “positivismo psicológico” y que inclina a sus adherentes a actitudes de filisteísmo y utilitarismo. La dimensión de este error pone de manifiesto la escasa e inadecuada lectura de que es objeto la filosofía pragmatista, pues en realidad ésta toma como punto de partida un posicionamiento gnoseológico abiertamente enfrentado con el naturalismo metodológico (la idea de que la onticidad dada de la naturaleza exterior al ser humano es la medida del conocimiento) y, en general, con todas las posturas gnoseológicas que consideran que el conocimiento tiene una existencia independiente al margen de la praxis humana (posturas que, en conjunto, son llamadas “teoría espectral del conocimiento” en la obra deweyana).

En efecto, uno de los justos reproches que se le hace al conductismo o behaviourismo es que hace abstracción de la naturaleza activa de la subjetividad humana y de su voluntad, sus propósitos, impulsos, decisiones, representaciones ideológicas, etc. La escasa lectura de la filosofía pragmatista, así como algunos acercamientos momentáneos entre ambas escuelas de pensamiento, hace pensar al público que se trata de posturas afines o equivalentes. Empero, el pragmatismo construye su bastión crítico precisamente sobre la afirmación del carácter eminentemente praxeológico de la realidad, y de la actividad consciente del ser humano como la condición indispensable para la elaboración y la comprobación del saber.

Mostraremos estas características del pragmatismo, y sus diferencias con el conductismo, a continuación. Comencemos citando el famoso manifiesto con el cual el psicólogo John B. Watson, que fue discípulo de Dewey, establece algunos fundamentos epistemológicos del conductismo. Dice lo siguiente:

La psicología humana ha fracasado a la hora de reclamar su lugar como una ciencia natural. Debido a una idea equivocada de que su campo de hechos está constituido por fenómenos conscientes y de que la introspección es el único método directo para establecer estos hechos, se ha embrollado en una serie de cuestiones especulativas

que, si bien son fundamentales para sus dogmas actuales, no son susceptibles de tratamiento experimental. En la búsqueda de respuestas a estas cuestiones, se ha divorciado más y más del contacto con problemas que tienen una importancia vital para el interés humano. (Watson, 1913) [la traducción es nuestra responsabilidad]

Vemos aquí claramente expresada esa demanda de objetualidad, aunada a la posibilidad de una manipulación experimental de los hechos. La psicología conductista hizo economía de conceptos como “mente” o “consciencia”, y llegó incluso al exceso de asumir que no resulta necesario pensar la experiencia humana en términos de intención o vida mental. Para el conductismo, la manipulabilidad de la conducta, por medio de programas de condicionamiento, constituye el signo de la cientificidad que lo legitima ante sus seguidores. Existen ciertos elementos semánticos, ciertas actitudes en el uso del lenguaje, que ocasionalmente parecen constituir puntos de intersección entre los discursos del conductismo y del pragmatismo. En el fragmento arriba citado, por ejemplo, Watson exhorta a los científicos a que se ocupen de cuestiones con interés vital para los seres humanos, y esta es una expresión que no se vería extraña en un ensayo de Dewey. En efecto, ambos pensadores fueron sensibles a la necesidad de apuntalar la relevancia de la filosofía y las ciencias relativas a la actividad del ser humano, pero ciertamente tomaron rumbos muy diferentes. Los ocasionales acercamientos entre ambas posturas, empero, pueden abonar al malentendido que existe en el público sobre el sentido ético y político de la filosofía pragmática. Uno de estos acercamientos puede verse en el ensayo de Dewey titulado “La evolución del pragmatismo norteamericano”, Dewey señala esta relativa afinidad al hablar de las corrientes psicológicas que han alimentado su propia postura (que en ese momento es llamada “instrumentalismo”):

Por lo que hace a los antecedentes históricos del instrumentalismo, dos factores resultan de especial importancia, por encima y más allá de la cuestión de la verificación experimental que ya hemos mencionado a propósito de James. El primero de ellos es psicológico, y el segundo es una crítica de la teoría del conocimiento y de la lógica surgida de la teoría propuesta por el idealismo neokantiano y que se expone en los escritos lógicos de filósofos como Lotze, Bosanquet y F. H. Bradley. (Dewey, 2010: 73).

(...)

Las tendencias psicológicas que han influido en el instrumentalismo son de orientación biológica más bien que fisiológica. Están relacionadas de un modo más o menos próximo con el importante movimiento cuyo promotor en psicología ha sido el doctor John Watson y al que él ha dado el nombre de conductismo. Dicho brevemente, el punto de partida de esta teoría consiste en concebir el cerebro como un órgano de coordinación de los estímulos sensoriales (a los que hay que añadir las modificaciones causadas por el hábito, la memoria inconsciente o lo que hoy se llaman los “reflejos condicionados”) con el fin de producir respuestas motoras adecuadas. Se sostiene, sobre la base de la teoría de la evolución orgánica, que el análisis de la inteligencia y de sus operaciones debe ser compatible con el orden de hechos biológicos conocidos respecto de la posición intermedia que el sistema nervioso central ocupa a la hora de



hacer posibles unas respuestas al medio que sean adecuadas a las necesidades del organismo vivo. (Ibid: 73-74).

La lectura que hace aquí Dewey de las ideas básicas del conductismo es hasta cierto punto generosa: nuestro filósofo asume que, para Watson, el cerebro “media” entre los hechos biológicos y una supuesta “inteligencia” de los organismos vivos. No obstante, la postura de Watson parece ser más radical en lo que se refiere al abandono de la atención al tema de la consciencia:

La psicología, como la ve el conductista, es una rama puramente objetiva y experimental de las ciencias naturales, y necesita de la introspección tan poco como la necesitan las ciencias de la química o la física. Se acepta que el comportamiento de los animales puede investigarse sin ninguna apelación a la consciencia. Hasta el día de hoy se ha tenido la idea de que esos datos [del comportamiento animal] sólo tienen valor en la medida en que puedan interpretarse analógicamente en términos de consciencia. Aquí asumimos la postura de que el comportamiento humano y el comportamiento de los animales deben ser considerados en el mismo nivel; como igualmente cruciales para una comprensión general del comportamiento. Se puede prescindir de la consciencia, en un sentido psicológico. La observación separada de “estados de consciencia”, en este posicionamiento, no es una tarea que le corresponda al psicólogo en mayor medida que al físico. Podemos llamar a esto *un regreso a un uso no reflexivo e ingenuo de la consciencia*. [el destacado es nuestro]

Lo que aquí está en juego no es una cuestión puramente hermenéutica: ¿los hechos observables del comportamiento humano son “signos” o indicios de una actividad mental interior, o bien, esos hechos observables existen “porque sí”? Como podrá ver el lector, esta pregunta es un falso problema: carece de significado. En efecto, lo que está en juego no es tanto la *conceptualización* del objeto de la psicología, sino *la posición en la que en cada caso se pone al sujeto*. En el caso del conductismo, el ente humano es puesto siempre como objeto de observación y experimentación (por medio de programas de condicionamiento). El ente humano, indistinto del animal en lo tocante a las normas que definen su comportamiento, se convierte en objeto de manipulación, y su actividad mental se convierte en un asunto bizantino. Para el pragmatismo, en cambio, los procesos mentales son fundamentales para comprender la conducta. En la anterior cita de Watson hemos destacado la expresión en la que este autor celebra el regreso que él propugna a una concepción no reflexiva de la consciencia. Cabe decir, sobre el fondo de esta afirmación, que para Dewey la reflexividad es un elemento crucial en la comprensión de su antropología.

Antes de mostrar una cita de “Naturaleza Humana y Conducta”, obra de gran importancia en la producción de John Dewey, es conveniente señalar que para él, la comprensión de la conducta siempre es la comprensión de la conducta de un sujeto al que se le asumen impulsos y propósitos, moldeados por hábitos construidos socialmente. Los tres elementos con los que él fundamenta su teoría de la conducta son, precisamente, los hábitos (esquemas de actividad dotados de cierta inercia, condicionados por las condiciones del medio), los impulsos

(disposiciones subjetivas) y la inteligencia (la actividad mental subjetiva del individuo, actividad que entra en acto en el proceso de la *deliberación*). En su constante búsqueda de superar dicotomías del pasado, Dewey no acepta una separación entre sujeto y objeto del conocimiento: el sujeto elabora su conocimiento en la medida en que actúa sobre su entorno, de tal suerte que la consciencia de las transformaciones obradas por su actividad se incorpora a su subjetividad como parte de ese mismo proceso práctico. Al respecto, dice Brendan Hogan lo siguiente:

“La investigación” es la tentativa de Dewey para romper el marco epistemológico que circunscribe la práctica científica al modelo sujeto-objeto de un espectador desinteresado cuyo objetivo es reducir tanto como sea posible los aspectos arbitrarios de la subjetividad en aras de los resultados avalorativos de la objetividad. Esto es, Dewey niega el dualismo que hay en el corazón de la “industria de la epistemología” que hay en la filosofía moderna, industria que puede encontrarse en la raíz de muchos esfuerzos por proveer un programa para el naturalismo metodológico. Así pues, para el pragmatismo la relación principal de investigación no es una relación de conocimiento. Es el establecimiento de una restauración del orden en una situación desordenada y problemática. (Hogan, 2009: 387).

De este modo, Dewey subvierte la perspectiva tradicional del discurso científico en el cual éste sólo puede construirse cuando un sujeto “observa” a un objeto, y elabora conocimiento sobre éste. En la gnoseología pragmatista, el sujeto y el objeto coinciden en el mismo individuo: el sujeto o, más precisamente, la actividad del sujeto (en virtud de la cuál éste se objetiva) es investigada por el propio sujeto en un proceso en el cual los intereses de éste están involucrados. La investigación de la conducta, en el pragmatismo, es siempre la investigación de *mi* conducta, o de *nuestra* conducta. Como puede inferirse, una gnoseología como ésta no puede hacer abstracción de la idea de una mente ni de intereses o intenciones en el actor. De este modo, el pragmatismo consigue armonizar las dos grandes demandas que se le plantean a la psicología de la actualidad. Por un lado, cumple con la exigencia de establecer de forma concreta y sólida su objetualidad específica; por el otro, y complementando a la anterior, atiende la irrenunciable necesidad de salvaguardar el carácter voluntario y consciente de la actividad humana, para de ese modo evitar tratar al sujeto como una máquina enteramente sometida a la manipulación técnica.

Veamos cómo describe Dewey el proceso de la *deliberación*, el cual es el elemento central en la categoría de *inteligencia*, con la que él conceptualiza la naturaleza humana.

Comenzamos con la afirmación sumaria de que la deliberación es como un ensayo teatral (imaginario) de diversas líneas posibles de acción que están en competencia. Principia dicho ensayo con la obstrucción de la acción eficiente y manifiesta, causada por aquel conflicto entre el hábito adquirido y el impulso recién liberado a que hemos hecho referencia. Entonces cada hábito, cada impulso afectado por la suspensión temporal de la acción manifiesta, toma su turno para ser probado. La deliberación es un experimento para averiguar cómo son en realidad las diversas líneas de acción posibles, y también para hacer diversas combinaciones entre elementos seleccionados

de los hábitos e impulsos, con objeto de ver cómo sería la acción resultante si se la emprendiera. Pero la prueba se hace en la imaginación, no en el hecho real. Se continúa el experimento con ensayos tentativos mentales que no afectan a las realidades físicas externas al cuerpo. El pensamiento se anticipa y prevé los resultados, evitando con esto tener que esperar la enseñanza del error y del fracaso reales. (Dewey, 2014: 207).

(...)

Cada hábito e impulso en conflicto toma su turno para proyectarse en la pantalla de la imaginación, exhibe como una película cinematográfica su historia futura y el curso que tomaría si se le permitiera actuar. Aun cuando la exhibición patente esté limitada por la presión de tendencias que se contraponen, esta misma inhibición da oportunidad al hábito de manifestarse en el pensamiento. La deliberación estriba precisamente en que la actividad se desintegra y sus diversos elementos se estorban unos a otros; aunque ninguno tiene la fuerza suficiente para convertirse en el centro de la actividad que ha tomado una nueva dirección, cada uno de ellos puede impedir a los demás que ejerzan el dominio. La actividad no cesa para dar paso a la reflexión, sino que, en vez de ejecutarse, se vuelve hacia canales intraorgánicos produciendo algo semejante al ensayo teatral. (Ibid: 207-208).

He aquí un conjunto de afirmaciones que no se prestan a mucha discusión: la deliberación es un proceso mental, y es en virtud de ella que el sujeto elige un curso de acción al haber “escenificado” en su interior lo que él conoce de cada posible hábito. El resultado de la deliberación es, asimismo, un proceso *consciente*:

¿Qué es entonces la elección? Simplemente, encontrar en la imaginación un objeto que proporcione el estímulo adecuado para la reanudación de la acción manifiesta. Se hace la elección tan pronto como un hábito o una combinación de elementos de hábitos e impulso encuentra un camino francamente abierto, en ese momento se libera la energía, la mente se organiza y se unifica. (Ibid: 209).

Vemos, pues, que la perspectiva psicológica del pragmatismo no niega la existencia de la subjetividad ni de las intenciones, sino que la presupone. Un posicionamiento filosófico como éste constituye una base de gran relevancia para la elaboración de una antropología, una gnoseología y una psicología que permitan apuntalar una comprensión más adecuada y profunda de la subjetividad humana.

## Bibliografía:

Dewey, J. (2010). *La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo*. Faerna, A.F. (Ed.). Madrid: Biblioteca Nueva.

- \_\_\_\_\_. (2014). *Naturaleza humana y conducta. Introducción a la psicología social*. México: Fondo de Cultura Económica, México.
- Hogan, B. (2009). "Towards a truly pragmatic philosophy of social sciences". En *Human Studies*, No. 32, 383-389.
- Pasillas Valdez, M.A. (2004). "Estructura y modo de ser de las teorías pedagógicas". En *Ethos Educativo*, No. 31, 7-34.
- Watson, J.B. (1913). "Psychology as the behaviorist views it". En *Psychological Review*, No. 20, 158-177.

## LA CATEGORÍA DE PROCESUALIDAD EN EL ESTUDIO DE LA DELIBERACIÓN DESDE EL PRAGMATISMO DE DEWEY

**Ana Bertha Morgado Sampayo**

Extensión máxima: 4000 palabras, incluidas referencias bibliográficas, cuadros y tablas. Sin considerar título, resumen y palabras clave. No se admiten notas a pie de página, interlineado de 1.5, fuente Times New Roman, tamaño 12 puntos, En formato .doc o .docx. Las referencias deben ser presentadas con base en el formato APA, en su sexta o séptima versión en español; puede consultar algunos resúmenes en:

<https://www.slideshare.net/americoguzman/referencias-bibliograficas-apa-6ta-edicion>

[http://ponce.inter.edu/cai/manuales/Algunos\\_ejemplos\\_referencias\\_APA.pdf](http://ponce.inter.edu/cai/manuales/Algunos_ejemplos_referencias_APA.pdf)

### Resumen

Este trabajo presenta una reflexión sobre la categoría procesualidad en el estudio del acto de deliberación, desde el pragmatismo de John Dewey, quien, bajo de la influencia de la biología evolucionista, elaboró esta categoría a partir de la relación entre los conceptos de interacción y complejidad.

**Palabras clave:** Conducta, Deliberación, Procesualidad, Interacción, Complejidad.

Iniciaré esta ponencia aludiendo a la celebración del centenario de la obra de John Dewey *Naturaleza humana y conducta*. Aunque el autor afirma que ésta no es un tratado de psicología social, sí aborda la conducta desde un posicionamiento diferente al de los conductistas o *behavioristas* de inicios del siglo XX. Por lo tanto, considero que es relevante estudiar la obra de Dewey y argumentar la vigencia de sus aportaciones ante problemas que aquejan a nuestra sociedad. Debo señalar que Dewey debatió, sistematizó y explicó no sólo problemas educativos, sino también sociales, políticos y filosóficos.

El pensamiento de John Dewey ha estado parcialmente relegado debido a interpretaciones contradictorias y confusas; este trabajo intenta disipar las confusiones de las que ha sido objeto, enmarcar el contexto en el que Dewey desarrolló su obra, y resaltar las aportaciones realizadas por él respecto de la relación entre naturaleza biológica y medio social, aportaciones que desarrolló a través de tres conceptos clave en la obra centenaria a la que aludimos más arriba: el hábito, el impulso y la inteligencia. A partir de esa línea, realizaremos un análisis sobre

la categoría *procesualidad* en el estudio de la deliberación desde la filosofía pragmatista de John Dewey bajo la influencia del darwinismo.

John Dewey es considerado uno de los filósofos estadounidenses más influyentes de la primera mitad del siglo XX, aunque debemos reconocer que su obra ha enfrentado cierto recelo en el campo de la educación, al ser este pensador catalogado por algunos autores como un pragmatista supuestamente a favor del utilitarismo. Al respecto Wells (1964) sostiene que el pensamiento pragmatista es el método consistente en obtener resultados sin tener en cuenta los medios empleados, y que en el pragmatismo el único criterio de verdad es el éxito en la acción práctica. Ante tal afirmación podemos decir, por un lado, que para Dewey el fin no justifica los medios; realiza una crítica a la supremacía de los fines sobre los medios presente en la expansión del capitalismo cada vez más corporativo de su época. Dice al respecto:

La división social en una clase trabajadora y una clase ociosa, [...] vino a parar en una división metafísica entre las cosas que son simples medios y cosas que son fines. Los medios son de índole doméstica, servil, esclava y los fines de índole liberal y final; las cosas en cuanto a medios atestiguan su intrínseca deficiencia, de dependencia, mientras que los fines atestiguan su independencia y su ser intrínsecamente autosuficientes. (Dewey: 1948:105)

Ante esta distinción, podemos reconocer que han predominado los fines sobre los medios, pero para Dewey el hombre, ante la presencia de necesidades, crea fines en perspectiva y selecciona los medios que le permiten elegir el mejor fin.

Para Dewey, el fin puede ser considerado medio cuando se piensa en la dirección hacia la que la actividad se orienta (es decir, una actividad es medio cuando pensamos en cómo se proyectará hacia otra actividad), y puede ser considerado fin cuando se le ve como punto de llegada de otros momentos de actividad (es fin si la pensamos, pues, como la desembocadura de una cadena de actividades); por ello no hay separación entre medios y fines. En suma, podemos decir que Dewey acepta el desarrollo industrial, pero de un modo diferente: pone en el centro el valor de uso, destinado y responsable. Su propuesta consiste en transformar la lógica del valor de consumo en valor de uso. Para ello, el individuo debe participar en las transformaciones del mundo, manifiestas en los procesos productivos, a partir de lo que empíricamente le ha ocurrido en el pasado, tomando decisiones de forma responsable.

Por otro lado, en relación con la afirmación realizada por Wells, en la que él señala que *en el pragmatismo el único criterio es el éxito en la acción práctica*, podemos decir que es innegable la postura pragmatista que asume John Dewey, pero que ésta ha sido interpretada erróneamente por Wells. En el libro *La miseria de la epistemología*, Dewey explica de manera detallada el surgimiento y consolidación del pragmatismo norteamericano, del que hace una periodización en la que destacan como su génesis los planteamientos de Charles Sanders Peirce, quien acusa un marcado interés en el estudio de las ciencias y la filosofía, pero sobre todo sobre todo de la lógica. Entre sus aportaciones destaca la determinación del método científico como el mejor método para fijar creencias que orientan el modo de actuar para solucionar problemas; este método permite al individuo desarrollar un pensamiento científico.

En este sentido, siempre que pensamos tenemos una imagen, una representación que nos sirve de signo, y esto proporciona un soporte para razonar mejor a partir de lo que ya sabemos.

Continuando con el estudio de la tradición pragmática, Dewey destaca el desarrollo de la propuesta de William James, quien distingue rasgos que debe tener la acción inteligente en el pragmatismo. A partir de esta nueva fundamentación, se demuestra que el pragmatismo “está lejos de ser esa glorificación de la acción por la acción que se tiene por característica distintiva de la vida norteamericana [...] [toda vez que él] desaprueba aquellos aspectos de la vida norteamericana que hacen de la acción un fin en sí misma [...]” (Dewey, 2000: 63-64). Por ello, Dewey considera que lo constitutivo del hombre es su actividad, su acción inteligente y la capacidad de ser consciente de las consecuencias de sus actos. Por ende, lo fundamental para el individuo es un estado mejor, es decir, seguir activo, transformando su medio natural y social de forma reflexiva e intencional.

En palabras de Mead “[...] el rasgo más distintivo del movimiento pragmático es la franca aceptación de que la experiencia real en curso, controlada experimentalmente, es el punto de vista desde el cual se debe interpretar el pasado y anticipar el futuro” (Mead, 2009: 358). En este sentido, para Dewey el ser humano a través de la experiencia resuelve problemas que le impone el medio natural y social, la conceptualiza como acción inteligente, unión entre pensamiento y acción; es un proceso y no un fin último acabado, sino una cadena articulada de acontecimientos en la que hay antecedentes y consecuentes, cadena constituida por elementos que son a la vez fines y medios, según indiquen la direccionalidad futura o presente. Así, la experiencia desde el pragmatismo deweyano permite la transformación del medio donde actúa el individuo.

Bajo la influencia del naciente pragmatismo norteamericano, Dewey desarrolló su obra en un contexto de crecimiento económico y corporativismo, a cuyas características principales no se opone, pero cuyas características injustas sí cuestiona. Esas características están presentes en la organización de la industria, con su uso exclusivo de la ciencia y la tecnología para la obtención de beneficios económicos privados por parte de una sola élite. Nuestro autor pone en evidencia una contradicción entre las innovaciones tecnológicas y la estructura social, a la vez que propugna el uso responsable de la tecnología y apunta al ideal de un individuo consciente de las repercusiones de sus acciones y decisiones en la relación entre él y la sociedad.

Al respecto puntualiza: “nuestros problemas son fruto de las condiciones sociales: afectan a las relaciones humanas y no tanto a la relación directa hombre con la naturaleza física” (Dewey, 2003:116); es decir, si el individuo no es consciente de las relaciones técnicas, intelectuales y sociales implicadas en lo que hace no puede tener una acción social responsable en la que valore las consecuencias y repercusiones de sus acciones y decisiones. Por lo tanto, la actividad que Dewey defiende no se refiere a cualquier acción del individuo, sino a una acción inteligente.

Dewey (2014) nos explica cómo el utilitarismo, en franco contraste con el posicionamiento pragmatista, ha hecho hincapié en que el bien moral consiste en la satisfacción de las fuerzas de la naturaleza humana: bienes y felicidad; desde esta postura, la ganancia es el objetivo de toda acción, y la ganancia toma la forma del placer, de tal manera que a partir de esta idea hay unidades definidas de placer que son compensadas con unidades de dolor.

Para Dewey, en cambio, la deliberación no es un cálculo pues “lo que está en juego en cualquier deliberación sería no es una diferencia en cantidad, sino la clase de persona en la que se va uno a convertir, qué clase de ser está en formación y qué clase de mundo está haciendo” (Dewey, 2014: 232). En este tenor, Dewey apela a una visión antropológica del hombre como ser social que actúa y construye su conocimiento a través de la experiencia. Para Dewey el individuo no está acabado: se hace en el medio ambiente natural y social por medio de la actividad, ya que el medio le pone obstáculos, límites que lo frenan y le hacen buscar la manera práctica de resolver las dificultades para continuar su actividad.

Dewey desarrolló esta visión antropológica ante el auge industrial estadounidense a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, pero también en un clima de especulación económica ante el *Crack del veintinueve*; en este contexto surge el movimiento progresista cuyas implicaciones se orientaron hacia un reajuste social, económico y político, es decir, a una serie de reformas que buscaron remediar los males sociales; ante este panorama la educación fue vista como un elemento clave para lograr el progreso.

Es importante aclarar, que, aunque se ha relacionado a John Dewey con la Escuela Nueva (incluso se le ha llamado “Padre de la Escuela Activa”), él desplegó una crítica tanto a la educación tradicional, por sólo ocuparse del pasado, como a la Escuela Nueva por dejar hacer al alumno lo que le guste, sin requerir de un esfuerzo intelectual. Para Dewey (1967), la educación, como crecimiento, debe ser un proceso siempre presente, por lo que no se trata de lo uno o de lo otro, o de dejar de hacer lo que hacía la escuela tradicional, pues él afirma que separarnos de lo viejo no resuelve los problemas.

La crítica de Dewey a la Escuela Nueva se dirige a su falta de conducción debido al rechazo del control externo; este movimiento interpretó la intervención docente como una invasión a la libertad del alumno. Para Dewey, resulta peligroso rechazar toda autoridad puesto que se excluye al docente de una participación positiva y directiva necesaria en el proceso de enseñanza.

Por los argumentos expuestos en líneas anteriores, aclaramos que Dewey no estaba a favor de la Escuela Nueva y, como mencionamos en un inicio, él se interesó por debatir problemas no sólo educativos, sino sociales, políticos y filosóficos.

En lo que respecta a la filosofía, Dewey estuvo especialmente interesado en escudriñar y superar dualismos largamente arraigados en la tradición filosófica: materia-espíritu, real-ideal, individuo-sociedad, teoría-práctica, naturaleza-cultura.

En el prefacio de *Naturaleza humana y conducta*, Dewey rechaza la idea de una naturaleza humana original e innata: él pretende mostrar un equilibrio entre la naturaleza intrínseca y las costumbres e instituciones sociales. Así, para nuestro autor la conducta se desarrolla a través de una interacción constante entre el individuo y su entorno. Aunque Dewey (2000) reconoció la influencia del conductismo, principalmente el que se trabajó en la Universidad de Chicago a inicios del siglo XX en el desarrollo de su instrumentalismo, él fue más allá de la concepción de conducta como acción medible y controlable. Dewey rechazó la dicotomía entre estímulo y respuesta, es decir, considerar a los organismos como máquinas reactivas. Por el contrario, para



Dewey la conducta implica: interacción, preparación, intención, propósito; es decir, el individuo sabe lo que está haciendo.

Desde este posicionamiento, la conducta es un proceso continuo y dinámico, de adaptación y ajuste entre el hábito, el impulso y la inteligencia. Al respecto señala que la conducta es “la rectificación de las dificultades presentes, la armonización de las actuales incompatibilidades, proyectar el curso de acción [...]” (Dewey, 2014: 226). Así entendida, la conducta implica una intención y estar conscientes de las consecuencias de nuestros actos; es acción siempre moral, atravesada por nuestra experiencia y el medio natural y social.

Para Dewey la conducta es moral, esto “[...]significa por lo menos aquella clase de ampliación del sentido que es consecuencia de la observación de las condiciones y resultado de la conducta” (Dewey: 2014: 295); desde esta perspectiva, la moral implica tomar decisiones en función de los fines que se proponen, en un contexto de interacción social donde la acción inteligente requiere asumir la responsabilidad de las consecuencias de esas acciones. Así entendida, la moral no se trata de seguir reglas prefijadas, sino de participar activamente en la resolución de problemas para la mejora continua del individuo en la sociedad.

En este sentido Dewey (2014) critica por un lado la postulación de una moralidad distinta de la estructura natural y del curso de la naturaleza humana, y por otro, la idea de naturaleza humana como fija e inamovible, pues desde la influencia del evolucionismo darwiniano Dewey considera el dinamismo en el que interviene el individuo en su medio natural y social. Dice al respecto:

Las puertas del jardín de la vida estaban cerradas a las nuevas ideas; y sólo a través de ese jardín se accedía a la mente y a la política. La influencia de Darwin sobre la filosofía radica en haber conquistado para el principio de transición los fenómenos de lo vivo, permitiendo así que la nueva lógica se aplique a la mente, a la moral y a la vida. (Dewey, 2000: 54)

Fue así como la teoría de la evolución posibilitó ver los fenómenos de la vida de otra forma, pasar de lo estático a lo dinámico. A partir de la relación entre naturaleza biológica y medio social el ser humano, en la interacción compleja entre hábito, impulso e inteligencia, puede realizar la deliberación. De esta forma, el crecimiento moral ante una disyuntiva se dará gracias a la deliberación entre lo mejor y lo peor. El hábito impone esquemas de actividad, los hábitos son organizados y adquiridos: “La esencia del hábito es una predisposición adquirida hacia formas o modos de reacción [...]. Hábito quiere decir sensibilidad o accesibilidad especial a ciertas clases de estímulos, de predilecciones y aversiones permanentes; no simple repetición de actos específicos. Significa voluntad (Dewey: 2014: 57).” En la conducta humana los hábitos son herramientas que nos ayudan a economizar esfuerzo, impiden que el pensamiento se desvíe; pero si los hábitos son rígidos y se endurecen terminan en acción sin pensamiento.

Para Dewey el individuo, al estar en una interacción de conexiones orgánico-ambientales, forma hábitos en vista de posibles cambios futuros. Por lo tanto, el papel de los impulsos en la conducta es el fuerza liberadora y propulsora para formar hábitos que enfrenten una situación novedosa o conflictiva. Así entendido el impulso según Dewey, constituye una fusión de

frescura y renovación que le permite al individuo despertar la inteligencia e iniciar la actividad reflexiva en la deliberación.

Desde esta perspectiva, nos dice Dewey (2014), el ajuste perturbado entre el organismo y el medio se refleja en una lucha temporal que concluye en un acuerdo entre el viejo hábito y el nuevo impulso. En esta interacción entre hábito, impulso e inteligencia, a la inteligencia le concierne prever el futuro para que la acción tenga orden y dirección. Para Dewey el impulso es primario y la inteligencia secundaria, debido a que ésta se inspira en el impulso. Por lo tanto, para nuestro autor el desarrollo de la conducta y la moral es social; no hay separación entre la emoción y la inteligencia, y ambos son procesos que se van complejizando.

De acuerdo con este argumento, la inteligencia nos permite hacer deliberaciones que inician con la obstrucción de la acción originada por el conflicto entre el hábito adquirido y el impulso recién liberado. La deliberación se presenta en forma de ensayos mentales tentativos respecto de cómo sería la acción resultante con la combinación de hábitos e impulsos que entren en conflicto.

En este proceso es importante destacar que para Dewey “Cuando la deliberación se conduce de esta forma, la decisión es razonable. Puede haber error en el resultado, pero se debe a la falta de datos y no a ineptitud para manejarlos” (Dewey, 2014: 211). De acuerdo con lo anterior, el individuo requiere de la razón para deliberar, ésta nace del impulso y del conflicto entre los hábitos; los impulsos no permiten examinar, en cambio el papel de la razón es detenerse y pensar.

Cuando deliberamos, el error no se debe a la ineptitud para manejar los datos porque la deliberación consiste en hacer pruebas en la imaginación. Son, pues, como ensayos mentales tentativos, y es por ello por lo que la deliberación está buscando una forma de actuar en la que los diversos factores de acción se unan armoniosamente; al encontrarla viene la elección, y ésta es razonable cuando nos lleva a actuar con sensatez. De este modo, la deliberación es una actividad reflexiva, que implica examinar y evaluar diferentes opciones, considerando las consecuencias individuales y sociales de una acción inteligente.

Ante estas precisiones, podemos realizar el análisis de la categoría *procesualidad* en el estudio de la deliberación. Como ya hemos mencionado, la obra de Dewey se ve influida por la biología evolucionista: “La influencia de Darwin sobre la filosofía radica en haber conquistado para el principio de transición los fenómenos de lo vivo, permitiendo así que la nueva lógica se aplique a la mente, a la moral y la vida” (Dewey: 2000: 54). Bajo este referente, Dewey retoma el concepto de procesualidad no solo en la deliberación, sino también en la experiencia. Aquí solo nos centramos en la categoría procesualidad en el estudio de la deliberación. En ella, la procesualidad conlleva una concatenación de antecedente y consecuente; esto significa que el individuo interactúa en su medio natural y social en procesos que se van complejizando.

Bajo la influencia de la biología evolucionista, Dewey (2014) sostiene que la vida es una cadena de interrupciones y reanudaciones: la falta de equilibrio no implica la completa destrucción de la actividad organizada, y si un factor en el medio libera algún impulso y este tiende a iniciar una actividad diferente, esto provoca una redistribución entre los elementos de la actividad organizada. En este proceso está presente la deliberación, la cual inicia con el enfrentamiento

del individuo ante un problema. Estos problemas nos son intencionales o artificiales, pues han emergido del medio natural y social; el individuo identifica el problema, analiza la situación, posteriormente genera diferentes opciones de acción, evalúa las consecuencias, establece un diálogo de colaboración en la deliberación para confrontar ideas en su comunidad.

Así, Dewey afirma que el hombre no es movido por el pensamiento sino por el instinto y por el hábito. En suma, estamos influidos por impulsos y hábitos que nos llevan a actuar en el entorno. En relación con lo anterior, es importante analizar la distinción que realiza Dewey entre el organismo y su entorno: “es una distinción en fases del proceso, ya sea que este proceso se considere psicológico o biológico” (Mead, 2009: 365). En este tenor, los organismos son entidades vivas y adaptativas que están en constante interacción con el entorno; van desde la ameba hasta el ser humano, pasando por la planta y los animales. Estos organismos presentan sensibilidad, irritabilidad, ante el medio natural.

Lo animado se conforma por el principio que Dewey (1948) denomina psico-físico: necesidad, esfuerzo y satisfacción, cualidades desplegadas por los organismos vivientes; la organización de lo animado tiene una demanda que cubrir, los organismos vivientes tienen desequilibrios en su organización interna que necesitan equilibrar. Desde esta concepción, Dewey sustentó su filosofía pragmática y bajo la influencia de la biología evolucionista de Darwin logró explicar los distintos niveles de complejidad en la organización de los seres vivos, retomando así el concepto de procesualidad. “Toda vida opera por medio de un mecanismo y, cuanto más elevada sea la forma de vida, más complejo, seguro y flexible será el mecanismo” (Dewey: 2014: 84). De esta forma, la organización del individuo se complejiza: ya no sólo está presente la necesidad, el esfuerzo y la satisfacción, sino que creamos preferencias e intenciones, el interés lleva a la anticipación, de tal suerte que la discriminación permite el equilibrio. Además, los seres humanos desarrollamos la comunicación, el lenguaje, las significaciones y la deliberación.

Por lo tanto, el interés individual en la vida en sociedad es punto nodal del proceso de organización que se va complejizando. Es importante resaltar, como menciona Mead (2009), que el interés para Dewey expresa tanto nuestros impulsos y deseos como aquello en lo cual resultan. Así pues, para Dewey no es que el impulso o el hábito estén aislados o sean inferiores a la inteligencia y deliberación; él lo resuelve de la siguiente forma: “La distinción entre lo físico, lo psico-físico y lo espiritual es, así, una distinción de niveles de creciente complejidad e intimidad de la interacción entre acontecimientos naturales” (Dewey, 1948: 216). Es decir, la interacción es crucial en esta organización que se va complejizando, pues los seres humanos nos relacionamos con otras personas, influimos y manipulamos los objetos a nuestro favor. En nuestro entorno, la interacción posibilita una conexión consciente respecto de las consecuencias pasadas que nos influyen.

Es el principio de interacción a través de la conexión entre interés, comunicación, lenguaje y significación lo que da pauta al desarrollo de la inteligencia, que no está aislada, sino revestida por la cultura. Esto se expresa en la participación social del ser humano, que incorpora formas producidas como propias para deliberar, para resolver dificultades por medio de la acción social responsable.

El acercamiento a la obra de Dewey nos permite disipar las confusiones respecto a las interpretaciones de su obra: por un lado, podemos aclarar que nuestro autor no está a favor del utilitarismo, él se preocupa por la acción social responsable. Por otro, no es el padre de la Escuela Activa: él critica la polarización en la que ha caído ésta, su exacerbada laxitud en la organización, y la elección de materias centrada en los intereses del alumno.

Respecto a los planteamientos en *Naturaleza humana y conducta*, podemos decir que se fundamenta en la filosofía pragmatista y en la acción inteligente, presentando una visión de la naturaleza humana desarrollada a través de la interacción social. En el análisis de la categoría procesualidad en el estudio de la deliberación Dewey parte de la relación entre los conceptos de interacción y complejidad. Podemos concluir que según Dewey los organismos no pueden ser comprendidos de forma aislada, debido a que éstos tienen una relación dinámica con su entorno: tienen una interacción que no sólo es una cuestión biológica, sino que involucra una dimensión social y cultural.

Los organismos tienen una organización compleja a partir de una vinculación sucesiva, una sensibilidad, expresada en irritabilidad para distinguir lo conveniente de lo peligroso, cualidades psicofísicas que son la necesidad que implica un desequilibrio, el esfuerzo a partir de movimiento que modifica los cuerpos, y la satisfacción que consiste en la recuperación del equilibrio. En esta organización que se va complejizando, intervienen el interés y deseo individual en la vida social, la intencionalidad de lograr un fin al valorar los medios disponibles, y la comunicación para adquirir nuevas cualidades a partir de las significaciones conscientes expresadas en la deliberación.

En síntesis, la deliberación se desarrolla en un proceso de reflexión que implica la identificación de un problema, la recolección de información, la proyección en la imaginación de posibles alternativas y la elección de la mejor opción.

## Bibliografía

- Dewey, J. (2014). *Naturaleza humana y conducta*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_ (2003). *Viejo y nuevo individualismo*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_ (2000). *La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- \_\_\_\_ (1967). *Experiencia y educación*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- \_\_\_\_ (1948). *La experiencia y la naturaleza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mead, G.H. (2009). *Escritos políticos y filosóficos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Wells, H. (1964). *El pragmatismo. Filosofía del Imperialismo*. Buenos Aires: Platina.